

... y su corazón escapó para convertirse en pájaro

Edna Iturralde

Ilustraciones de Santiago González



loqueleg

Se calcula que en el Ecuador la mayor parte de la población negra es de origen africano. Tradicionalmente el pueblo negro ecuatoriano ha vivido en su mayoría en el Valle del Chota y la cuenca del río Mira, en la provincia de Imbabura, y en la provincia de Esmeraldas. También está presente en las provincias del Guayas, El Oro, Pichincha y Sucumbíos, y en menor cantidad en el resto de provincias del país.

El viaje

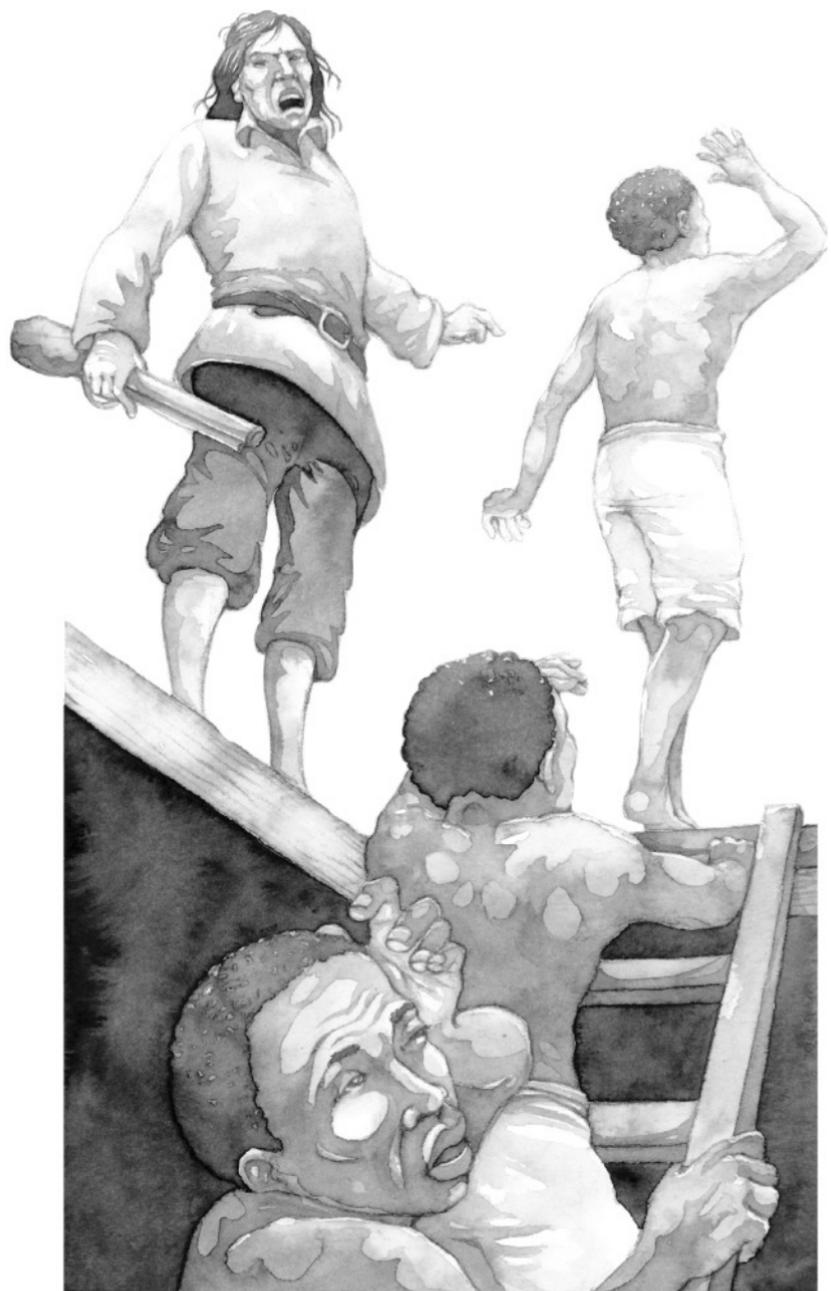
Los rayos del sol caían como cuchilladas sobre la cubierta anunciando otro día de calor insoportable, mientras un viento vacilante empujaba lentamente el velero sobre las aguas del Atlántico, avergonzado por la carga que llevaba.

Se abrió la compuerta de las bodegas y hombres, mujeres y niños treparon por una escalera de sogas y subieron a la cubierta. Eran africanos de distintos pueblos y reinos del occidente de África, capturados para ser vendidos en el Nuevo Continente.

Los prisioneros caminaban con dificultad, cubriéndose el rostro para protegerse del sol que lastimaba sus ojos. Se les permitía salir a la cubierta una vez por semana, para realizar ejercicios, y sólo durante esos momentos les quitaban los grilletes y las cadenas que los aprisionaban.

Varios marineros fuertemente armados los situaron en filas, separados en grupos de mujeres y hombres.

—Ayee, ayee, ayee —una voz entonó el triste canto y como si fuera una señal los demás hicieron coro.



—Ayee, ayee, ayeee...

África quedaba a tres semanas en el pasado. África...

—Ayee, ayee, ayeee... —el sonido fue alzándose hasta convertirse en un grito de rebeldía que descendió cuando los guardias los amenazaron para que callaran.

Bolamba Mbemba se dispuso a saltar para hacer los ejercicios mientras cantaba su tristeza. Tenía once años y era parte de los cuatrocientos ochenta prisioneros de a bordo. Bolamba había sido capturado junto a toda su familia en el reino del Congo, pero los separaron al llegar a la fortaleza de Elmira, uno de los temidos lugares donde mantenían a los africanos capturados hasta enviarlos a su triste destino.

El niño nunca olvidaría aquella noche cuando los cazadores de esclavos habían penetrado en su aldea, quemado las viviendas y apresado a todos los habitantes. Bueno, a todos no, a los viejos no. Bolamba se preguntó qué sería de su abuela y le vino a la memoria su voz cuando le contaba cuentos:

“Escucha bien, hijo de mi hija, escucha lo que voy a contarte, para que tú también cuentes a tus hijos y a los hijos de tus hijos: Kalunga es el nombre de las aguas eternas que separa los dos mundos: el mundo ordinario en que vivimos que se llama Ntoto y la tierra de los muertos que se llama Mputu”.

Ahora, Bolamba estaba seguro de que donde él se hallaba no era otra cosa que las aguas de Kalunga que lo llevaban sin remedio hacia la muerte. ¿Qué otra cosa po-

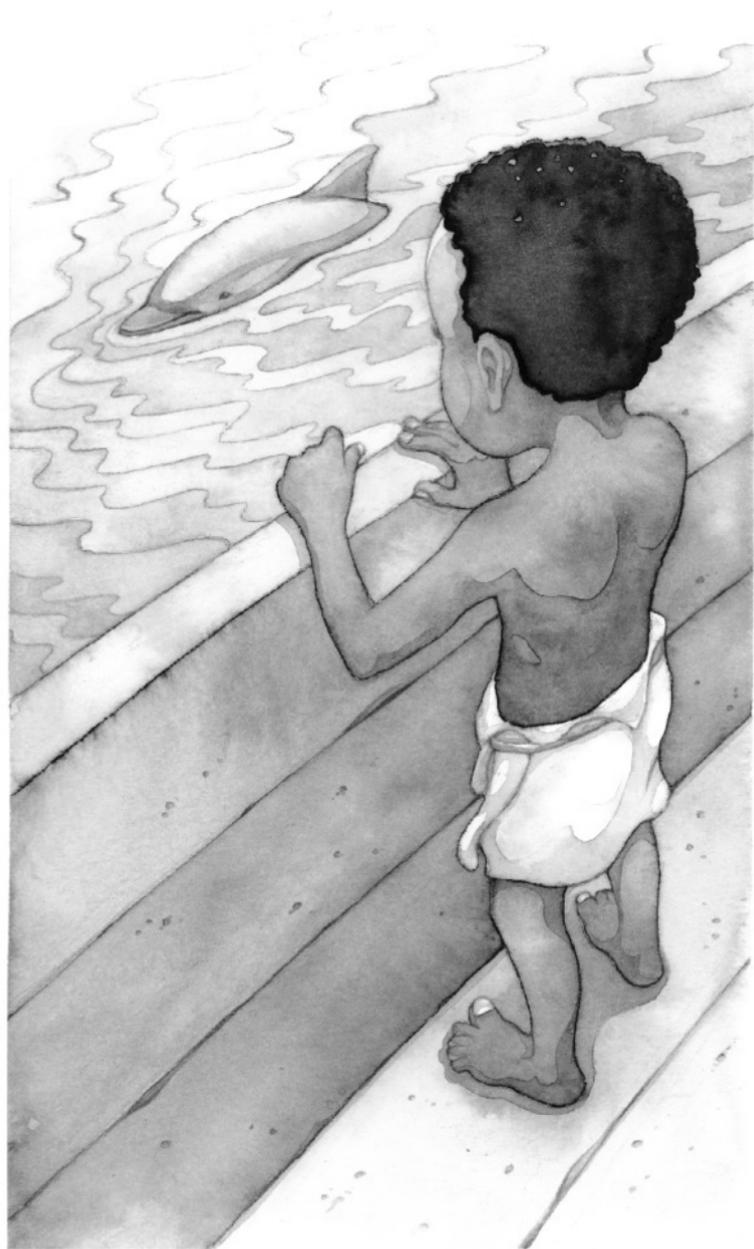
día ser la oscuridad ardiente y hedionda del vientre del barco, las cadenas que apresaban su cuerpo, los llantos y los lamentos de dolor?

Bolamba se detuvo cansado y se arrimó a la borda del barco. Se situó cuidadosamente detrás de dos africanos altos, para que los marineros no notaran que había dejado de hacer los ejercicios y miró hacia el mar. Las aguas verdes corrían en dirección contraria a la popa del barco, dejando una estela de espuma blanca. Bolamba se limpió el sudor del rostro con sus manos, y las secó en el pedazo de lona que llevaba envuelto en la cintura sostenido por una soga. Suspiró, el mar podía tragarlos en cualquier momento. En eso, algo le llamó la atención: una mancha gris y brillante sobresalía en el agua, muy cerca del barco. ¡Era un delfín!

El delfín se sumergió y le hizo señas con la cola.

El niño se paró en puntillas para verlo mejor, pero en ese momento les ordenaron regresar a su cautiverio.

Bolamba descendió nuevamente a la bodega, se dirigió a su puesto y se sentó en el suelo. Un marinero se agachó para encadenarlo nuevamente. Bolamba cerró los ojos con temor porque no quería mirar tan de cerca el rostro pálido. ¿Acaso él no había escuchado que todos los blancos eran salvajes caníbales? Varios viajeros que pasaban por su aldea lo habían asegurado, y ahora que él veía cómo actuaban, estaba seguro. El guardia encadenó los tobillos del niño a los tobillos de sus compañeros de ambos



lados, como medida de precaución para que los cautivos no escaparan. Bolamba se encontraba entre un adolescente rebelde que se negaba a comer y un hombre maduro, de la edad de su padre. Al niño le habría gustado conversar con ellos, pero era imposible porque, como venían de distintas regiones, no hablaban el mismo idioma.

La compuerta se cerró sumiendo el lugar en tinieblas. Bolamba bostezó y se acomodó lo mejor que pudo. Tenía suerte de ser aún pequeño, porque por lo menos podía cambiar un poco de posición en el mínimo espacio asignado, pero no era el caso de sus vecinos que debían sentarse con la cabeza doblada sobre el pecho y las piernas encogidas.

Bolamba pensó en lo que había sucedido esa mañana. ¡Un delfín lo había saludado con la cola! En realidad, ahora estaba más seguro que nunca de que se hallaba camino a la muerte y que el delfín, por ser un espíritu maternal que ayuda a los niños, lo estaba acompañando en el difícil trance de cambiar de mundos.

Las horas pasaban lentamente como de costumbre; se encontraba medio dormido, cuando escuchó una voz que lo llamaba: una voz que se parecía mucho a la voz de su abuela...

—¡Bolamba Mbemba!, ¡Bolamba Mbemba...! ¡Bolamba! Escúchame... —la voz se mezclaba con el sonido de las olas que pasaban bajo el barco. Bolamba regresó a ver a sus compañeros de cada lado, por si reaccionaban al escuchar la voz, pero los dos hombres estaban dormidos.

—¡Te escucho! Sí, sí. ¡Te escucho! ¿Quién eres? ¡Háblame! —exclamó Bolamba en voz alta.

Los demás en la bodega lo mandaron a callar en varios idiomas africanos, incluyendo sus dos vecinos.

Bolamba no se atrevió a decir nada más. Seguramente se había quedado dormido y la voz era parte de un sueño.

La voz insistió:

—Bolambaaaa... estoy aquí. Junto a ti, pero del otro lado del barco, en el mar. No tienes que hablar conmigo con tu voz humana, te entiendo si hablas con tu pensamiento.

Bolamba se cubrió el rostro con sus manos cerró los ojos para concentrarse.

—Abuela... ¿eres tú? —preguntó, sin mover los labios.

—Sí, ííí —respondió la voz, dejando un pequeño eco dentro de su cabeza.

—¿Estás en Mputu, la Tierra de los Muertos? —preguntó con miedo Bolamba.

—Sí, Bolamba. Estoy en Mputu. No quise quedarme sola en la aldea.

—¿Eso quiere decir que yo también estoy camino de Mputu? —se asustó Bolamba.

—No, tú estás camino a tierras lejanas.

—Abuela, tengo miedo a la muerte...

—Bolamba, tú eres africano, recuerda que para nosotros la vida y la muerte son círculos que se encuentran, que empiezan y terminan para empezar otra vez... y es

así como vamos del mundo de los vivos, al mundo de nuestros antepasados, al mundo de los que no han nacido aún, y regresamos al mundo de los vivos otra vez.

—Abuela... ¿qué será de mí?

—Vas a aprender a sobrevivir, ¡y lo harás como un héroe! Tú y todos tus compañeros de esta Diáspora, en la cual nuestro pueblo ha sido arrancado de nuestra tierra y dispersado por el mundo. Todos serán héroes y heroínas, porque sabrán sobrevivir a este Viaje Amargo del Dolor.

—Pero... ¿tú crees que yo podré hacerlo, abuela?

—Sí, Bolamba, sí, pero, ¡escúchame! ¡Escucha la voz de África! ¡Los espíritus hablan a través de mí! Escucha este mensaje y guarda la sabiduría de tu pueblo en lo más profundo de tu corazón...

Bolamba sintió que el movimiento cadencioso del barco lo mecía y una enorme tranquilidad lo invadió.

—Cuentan los valientes basuto^{*} que hace mucho tiempo en la Tierra habitaba un monstruo llamado Kamapa. Este monstruo, que había sido creado por la intolerancia y el egoísmo, se alimentaba de gente y, poco a poco, se comió casi a todos los seres humanos. A todos, menos a una mujer que se quedó sola sobre la Tierra. Un día se dio cuenta de que estaba esperando un bebé y poco después le nació un niño, con la piel tan negra y hermosa, que brillaba con

* Mitología de los basuto, un grupo étnico muy grande y variado de África occidental.

los reflejos del sol. La mujer le puso de nombre Litulone, en honor a uno de sus dioses. Litulone creció en horas y ya para el día siguiente de nacido, tenía la estatura y la fuerza de un adolescente. “Madre, ¿dónde está la otra gente”, preguntó el chico a su madre. Y cuando ella le contestó que todos habían sido devorados por el monstruo Kamapa, Litulone tuvo tanta indignación que en ese mismo momento decidió ir a matar al monstruo. La madre, asustada, trató de disuadirlo, pero Litulone insistió. Armado de una lanza y un cuchillo se dirigió hacia el lugar donde tenía Kamapa su guarida. El monstruo dormía panza arriba. Litulone se acercó, pero al ver que nunca iba a poder vencerlo en una lucha cuerpo a cuerpo por la desigualdad de fuerzas, se dejó tragar por él. Una vez dentro de las entrañas de Kamapa, Litulone sacó su lanza y su cuchillo y mató al monstruo rajándolo en dos partes, liberando así a toda la humanidad que se encontraba dentro. A partir de ese momento, Litulone fue honrado por todos como un héroe, lo que causó envidia entre algunos hombres, quienes planearon matarlo. Una noche estaban sentados alrededor de una hoguera tramando la muerte de Litulone, cuando se dieron cuenta de que el mismo Litulone estaba sentado entre ellos escuchando tranquilamente. “Ahora que sabes que te vamos a matar, toma tu lanza y defiéndete”, le dijeron, pero Litulone mantuvo su lanza en el suelo y les respondió: “Ustedes son mis hermanos y no quiero hacerles daño”. Al escuchar esto, uno de los hombres tomó una

lanza y la clavó en el pecho de Litulone. Litulone cerró los ojos en agonía, pero su pecho se abrió... y su corazón escapó para convertirse en pájaro, en pájaro, en pájaro... —La voz de la abuela aleteó en el espacio.

Bolamba se despertó justo en ese momento. ¿Qué mensaje había querido transmitirle su abuela con la historia de Litulone? Se tocó el pecho tratando de sentir los latidos de su corazón. No tenía miedo. Sentía que él, al igual que el héroe de la historia, había crecido y madurado en horas. Ahora sabía, y con certeza, que ese mismo monstruo se lo había tragado a él y a su gente. Bolamba apretó sus dientes con rabia y, olvidándose de las cadenas que lo aprisionaban, trató de ponerse de pie, pero no pudo. Lanzó un quejido de impotencia y tiró con ira de las cadenas. Sus vecinos lo miraron sorprendidos. Bolamba volvió a tirar de las cadenas, y pronto todos siguieron su ejemplo, en medio de gritos de rebeldía.

Horas más tarde, Bolamba aún trataba de comprender lo que su abuela le había querido decir. Con su cuerpo encadenado se sentía impotente para vencer al monstruo de la mezquindad humana... Pero... si él no podía ahora... ¿entonces lo harían sus descendientes que aún estaban en el mundo de los que esperan nacer! Bolamba comprendió todo: ¡era por eso que tenía que sobrevivir! ¡Ése era el mensaje de su abuela!

Y en ese instante, Bolamba Mbemba sintió que su corazón escapaba y volaba hacia el infinito.

Entre 1450 y 1850, por lo menos 12 millones de africanos fueron raptados y vendidos como esclavos. La mayoría fueron embarcados, desde África a través del Atlántico, en el Viaje Amargo del Dolor, hacia las colonias europeas de Norte, Centro y Sur América, y las Antillas. A esto se lo conoce como Diáspora, cuando los africanos fueron separados y dispersados. A pesar de esta forzada separación, los africanos esclavizados y sus descendientes llevaron con ellos mucho de su cultura, especialmente en la música y en las tradiciones orales, que han enriquecido a otras culturas en todo el mundo.